

NOTAS CRÍTICAS

**ODISEA 2050
LA ECONOMÍA MUNDIAL
DEL SIGLO XXI**

Jaime Requeijo
Alianza Editorial, Madrid, 2009.



A lo largo de este año han ido apareciendo una gran cantidad de libros que tratan de la crisis desde muy diversas vertientes. Un grupo de ellos se remonta a un pasado muy remoto, explicándonos cuándo aparecieron los primeros pánicos y burbujas, señalando que no son una invención moderna y que no se dan sólo en el sector inmobiliario. John Law, la burbuja de la South Sea Company y la denominada «manía de los tulipanes» que se

produjo en Holanda a lo largo del Siglo XVII, tienen el dudoso honor de ser los primeros pánicos y los que más se han analizado (aunque ya Tácito en sus *Anales* hace referencia a burbujas especulativas en el Imperio Romano).

Otro grupo se remonta a un pasado más reciente y nos presenta los distintos pánicos que se produjeron desde principios del Siglo XX hasta el actual, mostrando las aparentes similitudes para indicar las posibilidades que tenemos a la hora de aplicar las medidas que supuestamente fueron efectivas para salir de la crisis en aquellos momentos.

Y queda un tercer grupo que explica la situación actual, las causas que produjeron la crisis que padecemos y a partir de aquí surgen diferentes variantes: los que nos explican cómo «podemos sobrevivir a la crisis», los que nos enseñan a utilizar nuestro dinero y/o a consumir, los que ofrecen recomendaciones de política económica, etcétera.

Pero lo que hasta ahora no nos había ofrecido ese amplio panorama editorial era un libro que en lugar de explicar o preocuparse por el pasado, lo hiciera por el futuro. Y además no por un futuro más o menos próximo, sino por lo que ocurrirá dentro de cuarenta años. Como decía un famoso economista, «nuestra profesión se dedica a predecir el pasado»; pero lo que no hacía era predecir el futuro. Y, afortunadamente, el profesor Re-

queijo con su libro ha rellenado de forma magistral este importante vacío existente en la literatura.

Se pueden aducir diversas explicaciones de por qué los economistas no nos ocupamos habitualmente del futuro. La famosa frase de Keynes, «a largo plazo todos muertos», que habitualmente se ha utilizado como una excusa para practicar medidas de demanda a corto, la falta de información estadística, la imprevisibilidad del comportamiento humano, etcétera, hacen que sea muy difícil exponer aspectos económicos relacionados con el futuro y que hayan sido los pensadores utópicos los que han intentado proyectar los problemas que, desde su personal punto de vista, sufría la sociedad y señalar cómo puede solucionarlos una sociedad futura.

Pero no cabe duda de que este planteamiento es un error. A la hora de diseñar una política económica es imprescindible contemplar el largo plazo, ya que de lo contrario tendremos unas medidas «miopes». Por muy complicado que sea conocer comportamientos futuros o que las actuaciones queden fuera del «ciclo político», «el largo plazo cuenta», como dice el profesor Requeijo. «Se ve menos pero cuenta porque existen variaciones de paso lento, tectónicas, que van configurando otro mundo económico».

El profesor Requeijo no entra en el utopismo. De una forma realista, utilizando una información exhaustiva y con gran conocimiento, expone

cuáles van a ser las tendencias que van a experimentar las economías en los próximos años y los problemas a los que tendrán que enfrentarse y solventar los países.

Por otro lado, la alusión a la obra de Homero en el título es de lo más acertada. El viaje a Ítaca (llegar al año 2050) por el mar de la economía está lleno de vicisitudes y de peligros que hay que vencer, y para ello es imprescindible conocerlos. Las naves son cada uno de los países que tienen sus propios Ulises (es decir, sus respectivos presidentes de gobierno) que buscarán los medios más adecuados para llegar a esa Ítaca, evitando en la medida de lo posible los cantos de sirena (déficit público...) y demás dificultades que encontrarán en el camino.

Desde esta perspectiva, por tanto, lo primero que hay que tener en cuenta es la situación en la que se encuentran las naves (países) que van a realizar el viaje. En este sentido, se muestran no sólo las causas que han provocado la crisis actual, sino también distintas circunstancias, características y comportamientos que hacen que las naciones no se enfrenten al viaje en las mismas condiciones, sino que algunos estén más preparados que otros.

Así por ejemplo, los Estados Unidos cuentan con cuatro fuerzas impulsoras de las que otras naciones adolecen en parte o totalmente: tamaño relativo, capacidad tecnológica, flexibilidad en los mercados de

productos y de factores y su cultura, basada especialmente en el esfuerzo. En cambio, la Unión Europea se encuentra con dos lastres que pueden dificultar su marcha en comparación con la estadounidense: su mayor intervencionismo y su parcial subyugación a un importante estado del bienestar. A estas circunstancias hay que añadirles la de índole cultural, ya que, como ya se ha indicado, la estadounidense se apoya en el trabajo, mientras que la de Unión Europea da más importancia al ocio.

Pero éstas no son las únicas naves que participan. Hay otras que están teniendo un peso relativo cada vez más importante en la economía mundial, como es el caso de China (que está impulsando la exportación, aunque existe incertidumbre respecto al futuro), India (que concede gran importancia al sector servicios), Brasil (que está llevando a cabo una gestión macroeconómica adecuada), Japón (que es una economía basada en el pacto) y la Federación Rusa.

Una vez analizados los aspectos más relevantes de los principales países, el profesor Requeijo vaticina que en 2050 nos encontraremos ante un mundo tripolar desde el punto de vista económico, siendo sus centros Asia, Norteamérica y la UE-27 (página 45).

Tras este análisis, resulta imprescindible exponer los diferentes aspectos que pueden favorecer o perjudicar la trayectoria, según cómo

nos enfrentemos a ellos, de los países en el futuro. Precisamente, los capítulos 2 a 6 se centran en estas cuestiones.

Así, en primer lugar, tenemos que considerar la energía. Resulta evidente que no se puede seguir dependiendo en gran medida del petróleo. No sólo por la posibilidad de que el recurso se agote, sino también por los efectos perniciosos que genera sobre la economía cada vez que se produce un aumento importante del precio del crudo. Ante esta circunstancia subsiste la polémica respecto a la energía nuclear. Si bien tradicionalmente ha tenido muy mala prensa, básicamente por los efectos nocivos que puede producir sobre el medio ambiente, sobre la salud de las personas, así como por el problema que generan los residuos, lo cierto es que la información disponible nos muestra que las centrales nucleares son seguras, que las energías «limpias» no parece posible suministrarlas en las cantidades que se demandan y que pueden ser más caras. Con independencia de que el debate sobre las centrales nucleares no esté cerrado, la cuestión radica en «si la energía primaria que el mundo va a necesitar en los próximos años va a seguir dependiendo de combustibles fósiles, no renovables, y contaminantes, o si conviene a los países importadores netos de esos combustibles ampliar su generación de energía a través de plantas nucleares» (página 72). Como dice el pro-

feesor Requeijo, si se opta por el primer caso, los mercados energéticos seguirán dominados por los productores de petróleo, con las tensiones que ya conocemos; si se elige el segundo, es posible que dentro de unos años esas tensiones se reduzcan.

El segundo aspecto a considerar es el mercado monetario internacional. El comportamiento de los países ahorradores, a los que el profesor Requeijo denomina las cigarras, es importante, ya que sus reservas no sólo pueden alterar el cambio del dólar, sino que también son utilizadas para llevar a cabo inversiones en otros países. La inestabilidad en el sistema monetario internacional puede generar problemas en los países, y a través de él propagar las dificultades que atraviesan unas economías a otras.

En tercer lugar, el proceso migratorio también es relevante. Son diversos los factores que hacen que las personas se trasladen de su país de origen a otro (paro masivo, falta de seguridad personal, guerras, carencia de alimentos...). Sin entrar en las cuestiones de la migración ilegal, de las que también se ocupa el profesor Requeijo en muchas ocasiones, el país receptor se beneficia de este flujo que presta servicios u ocupa puestos de trabajo que la población nativa no quiere desempeñar. Pero también hay problemas que hay que tener en cuenta, como por ejemplo la apreciación del tipo de cambio en los países re-

ceptores de las remesas de emigrantes, con los efectos negativos que tiene sobre la competitividad; mientras que en las naciones de las que salen, los recursos procedentes de la emigración no mejoran lo suficiente la situación de los receptores de los fondos, se produce una fuga de cerebros de estos países, etcétera. «Por ello las remesas de emigrantes pueden constituir un factor de crecimiento, pero no un maná caído del cielo que ayude a resolver todos los problemas del subdesarrollo» (página 106).

La edad de jubilación es otro elemento esencial a considerar. Es importante conocer cómo evoluciona la pirámide de población no sólo por los cambios en el hábito de consumo, sino también por los gastos de orden sanitario y de dependencia que se van a generar. Es por todos sabido que la población está envejeciendo en términos generales, de una forma profunda y duradera y que además no tiene precedentes.

Ante esta situación el informe de la OCDE formula tres recomendaciones: aumentar la inversión destinada a potenciar los conocimientos de los trabajadores que se encuentren en la fase intermedia de sus carreras profesionales, adaptar los métodos de aprendizaje de los trabajadores de más edad y retrasar la jubilación (página 141).

El último factor a considerar y no menos importante es el tecnológico. Sobre este tema, la literatura ha mostrado diferentes vertientes, des-

de la que señala que los avances facilitan nuestras tareas y son, por tanto, una bendición, a la contraria, según la cual pueden afectar negativamente al comportamiento humano y a sus relaciones y hay que desarrollarlos con precaución. En este ámbito hay que tener en cuenta que la tecnología permite que un país pueda ser más competitivo que otro, pero que resulta necesario que los empresarios introduzcan las nuevas tecnologías en sus procesos productivos y que el capital humano debe estar lo suficientemente capacitado para utilizarlas.

Finalmente, una vez que se han estudiado todos estos aspectos, cabe preguntarse por la situación de la economía española. Precisamente, el último capítulo está dedicado a ella y en él se hace hincapié en el objetivo de crecimiento, que en los últimos meses está experimentando una evolución muy negativa, y en los factores que lo pueden potenciar.

En este sentido, puede señalarse que el crecimiento económico por el lado de la demanda interna está agotado y lo que hace falta es aumentar la productividad de la economía española mediante una liberalización de los mercados de bienes y factores; hay que reducir la inflación mediante una mayor competencia y fomentar las innovaciones.

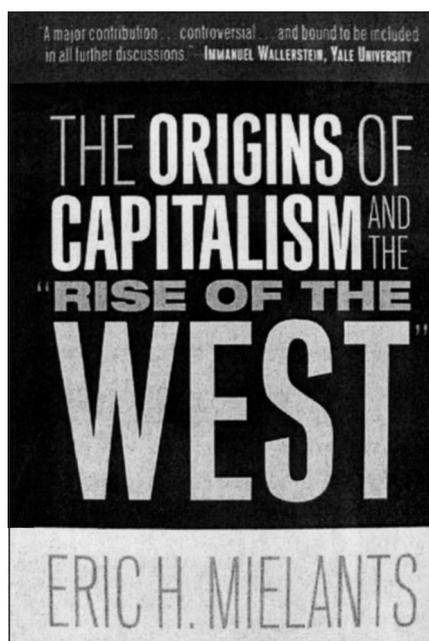
En definitiva, nos encontramos con un libro claro, de fácil lectura para los no entendidos en econo-

mía, sin que ello suponga una merma en su rigor, y que es de obligada lectura para todos aquéllos que quieran conocer cuál es la situación actual y a qué problemas nos enfrentamos.

Miguel-Ángel Galindo Martín
Universidad de Castilla-La Mancha

THE ORIGINS OF CAPITALISM AND THE «RISE OF THE WEST»

Eric H. Mielants
Temple University Press,
Philadelphia, 2007, 241 páginas.



El conjunto de las llamadas ciencias sociales, —sociología, antropología, historia y economía fundamentalmente— y los mejores de sus practicantes han estado y siguen estando preocupados por en-

tender esa peculiar forma de organización de la vida económica, social y política a la que denominamos economía de mercado. ¿Por qué, dónde y cuando surge esta?

Aunque existan grandes divergencias sobre el porqué, con opiniones sobre ello muy distintas y grandes polémicas: Smith, Marx, Simmel, Sombart, Weber, Polanyi y un largo etcétera, sí hay una cierta coincidencia en señalar que esta forma de organización nació en Occidente, aunque haya discrepancias sobre el cuando. Encontramos así quienes defienden que fue en los Siglos XIV-XV; otras posiciones que fue en el Siglo XVI; otras que en el XVII y otras que a finales del XVIII-inicios del XIX.

Por Occidente se entiende la parte más occidental de Europa, en la que se encuentran las penínsulas itálica e Ibérica, Francia, Benelux, Alemania y Gran Bretaña. Desde allí se extendió en un avance lento pero imparable al resto del mundo hasta que se amplió el propio concepto de Occidente, en el que hoy se incluirían EE UU, Canadá, Australia, Nueva Zelanda, buena parte del resto de Europa, Sudáfrica y gran parte de América Latina.

A intentar esclarecer, o aportar luz a estas cuestiones, viene un excelente libro del profesor de Sociología de Fairfield, E. Mielants, bajo el título *The origins of Capitalism and the «Rise of the West»* que es, en primer lugar, un documentadísimo

trabajo. Piénsese que de sus 241 páginas un tercio largo se dedica a una extensa y documentada bibliografía (desde la página 163 a la 236), cuya lectura y aprovechamiento por el autor queda de manifiesto en las muy extensas (y a veces con agudísimos comentarios) notas a pie de página que, a nuestro juicio, son casi lo mejor de esta excepcional síntesis.

Síntesis que parte de un punto de vista singular ¿por qué asciende en poder económico, político y militar el Occidente, y a través del imperialismo se impone sobre el resto del mundo? El autor, implícita pero no explícitamente, se plantea los orígenes del capitalismo, porque sobreentiende que es en la organización económica donde se encuentra, en buena parte, el fundamento de la supremacía de Occidente.

El libro se estructura en cinco capítulos. El primero está dedicado a los orígenes del capitalismo mercantil en Europa, repasando al respecto las principales teorías. En el segundo, en el tercero y en el cuarto compara las economías políticas de Europa con las de China, Sur de Asia (fundamentalmente el continente indio) y el Norte de África, desde Egipto a Marruecos y su intenso tráfico con el resto del continente africano. Es, sin duda, una fórmula singular de introducir y analizar las diferencias entre las actitudes de Europa y las del mundo islámico ante el fenómeno económico. En esta enumeración echamos en

falta las relaciones y comparaciones del Occidente con el área de Medio Oriente y con los imperios turco y persa, a las que no se dedica un área específica. El quinto y último capítulo, de conclusiones, plantea el papel jugado por el conjunto de ciudades-estado (flamenca, hansa, italianas) en el llamado milagro económico europeo.

La verdad es que desde el principio del volumen el autor defiende el peculiar papel que juegan en el ascenso de Occidente, como veremos mas adelante, los que denominamos sistemas de ciudades-estado europeas en la Edad Media. Esa es la hipótesis de partida del libro. El primer capítulo, el de más contenido teórico, agrupa todas las teorías sobre el ascenso de Europa en cuatro grandes grupos: la marxista clásica; la marxista modernizadora, que el autor centra en la tesis de Brenner; la modernización funcional; y la del análisis del sistema mundial, cuyo principal representante es I. Wallerstein, quien por cierto y pese a las duras críticas que le realiza Mielants, considera que la obra del autor citado es la «mayor contribución al debate mundial sobre los orígenes del mundo moderno».

La teoría de Marx la rechaza por su grosera esquematización de los conflictos y su determinismo inexplicado de la sucesión de las diversas fases, por su eurocentrismo (algo sobre lo que la escolástica marxista, aburrida como todas las escolásticas, pasa siempre de puntillas) y su

olvido de la problemática del mercado, esto es de la distribución obsesionada por una teoría aplicada casi exclusivamente a la esfera de la producción.

En cuanto a las contribuciones de Brenner, también Mielants las critica, tanto por su obsesión agrarista, con olvido de la siempre creciente producción urbana como por su esquematismo sobre el propio mundo agrario, en el que sólo considera la existencia de campesinos explotados por la fuerza política de los señores feudales, olvidando la enorme pluralidad de las situaciones campesinas.

En las teorías de la modernización incluye todas las hipótesis de trabajo sobre causas espirituales o religiosas, sean las estudiadas por Simmel, por Weber o por Sombart, o los elementos de carácter idiosincrático tipo Landes. Reconoce que estas últimas aproximaciones, a diferencia de las otras teorías, presentan una aproximación comercial y no sólo se basan en la producción. Si bien retrasan la aparición del capitalismo al Siglo XIX, enfatizan la agricultura y su sustitución por la industria, tras la denominada Revolución Industrial. Olvidan el enorme crecimiento industrial que en algunas zonas urbanas se había conseguido ya antes del Siglo XVIII, una más que apreciable producción de bienes con alto valor añadido (textil, construcción naval, fabricación de armas, etcétera) y la creación de un mercado interregional que permitió

tanto la especialización como la acumulación. Tal vez lo mejor de la crítica sea su rechazo a la causa etnocéntrica de superioridad racial, biológica o cultural, para buscar en la organización, en la estructura y en el tipo humano, causas más adecuadas.

Por último, Mielants analiza con gran detenimiento las teorías del sistema mundial que explican la economía capitalista mundial, tanto por la incorporación a la misma de regiones a través de la dominación y la colonización (que a su vez permite una división internacional del trabajo) como por la creación de un sistema interestatal. En definitiva, estas teorías tratan de explicar la aparición del capitalismo económico de mercado con una especie de síntesis de Marx y Smith integrando los circuitos de producción con los de circulación de los productos en el mercado. Para ello utilizan una amalgama de ambas con preferencia a un concepto de transición. De todas formas, esta sería poco explicativa ya que, a su juicio, la transición dura siglos y en ella han convivido un sistema feudal con un sistema capitalista, sin que se explique cómo perviven y por qué causa triunfa uno sobre otro, para quedar finalmente sólo uno, el capitalista.

En este sentido considera el autor que las teorías del sistema representado por Wallerstein dan demasiada importancia a la presencia de bienes de lujo, olvidándose de los bienes de producción y comercio en

masa (tales como los cereales) más prosaicos, pero que son objeto de mayores cantidades intercambiadas, de productos con más valor económico, los cuales permitieron iniciar una necesaria especialización y división del trabajo, que tampoco surgió de golpe desde la antigua y mera explotación.

En su opinión, la emergencia o aparición de una división de trabajo en el período de 1300 a 1500 constituye una adecuada explicación, sobre todo cuando se observa el papel jugado por el sistema de ciudades en toda Europa occidental (por ejemplo, los ciudades hanseáticas en el comercio del Báltico y en la propia Europa). Estas ciudades eran más fuertes en la parte occidental que en la oriental y en esa presencia urbana es donde encuentra la explicación de la aparición del capitalismo y del ascenso de Occidente, máxime en cuanto que esas ciudades son las que consiguen en Europa el poder político que saben utilizar y defender frente a otros operadores. Ahí radicaría para nuestro autor la fortaleza occidental.

En los restantes capítulos, como anteriormente señalamos, realiza una exhaustiva a la par que sintética comparación de la que denomina economía política de Occidente con las de China, India y norte de África. Por supuesto en todas las áreas existieron grandes ciudades, por lo general más populosas que las occidentales e incluso una fuerte ex-

pansión comercial y marítima (por ejemplo, la expansión china durante la dinastía Sing o el imperio indio de Cola lo muestran con claridad: tenían clase mercantil, experiencia y técnicas comerciales y naval). Ahora bien en ellas la presencia del poder político central con la creación de monopolios estatales era abrumadora pero las clases mercantiles no tenían poder político y la vida ciudadana, aunque rica en ocasiones, no era poderosa y tampoco el comercio era la principal fuente de ingresos del Estado. Estos provenían de la imposición y exacciones fiscales sobre el campesinado y de la extensión de las zonas rurales por nuevas roturaciones. En Occidente donde no había tantas tierras libres, ni estas eran ricas, el comercio fue desde siempre una importante fuente de riqueza para el poder político, que no se fundamentó sólo en la agricultura.

El conjunto de estas circunstancias, más una cierta militarización de esas sociedades para hacer frente a las periódicas oleadas de ataques de las tribus nómadas, impidieron el adecuado fortalecimiento de una red urbana con poder político, que es justamente lo que sí ocurrió en Europa, donde, tras la última invasión magiar en el Siglo X, ya no hubo preocupación por este tema. Ello permitió la creación de una red de ciudades, que dominaban los territorios agrícolas de sus alrededores, a los que impuso unas relaciones desi-

gnales, pero más equitativas que las de los señores feudales (recordemos el viejo adagio medieval «el aire de la ciudad hace libre»). Los señores feudales eran numerosos y muy divididos entre ellos para hacer frente a la emergencia de una poderosa red ciudadana, que se lanzó para vivir a la actividad industrial y comercial y cuyo poder político siempre estuvo en manos de la burguesía. Los ricos ciudadanos usaron ese poder político para fortalecer sus propias estrategias y esquemas comerciales.

En nuestra perspectiva, no es sólo la aparición de una red de ciudades gobernadas por ciudadanos la que está en la raíz del ascenso de Occidente, sino que esa clase supo mezclar y de hecho combinó economía y política. Esa estrategia es la que utilizaría más tarde el sistema de Estado-naciones, que emplearía su fuerza política y militar en el apoyo de sus estrategias económicas y comerciales (la muy interesante nota 78 en la página 33 del texto es una muestra clara de lo que decimos) y creando, a la par, una red de seguridad sin la que no puede desarrollarse el empresario. Esto es, no creemos en el mito del empresario individual sino que destacamos que el desarrollo se ha hecho también con el soporte del Estado, que es el gran proveedor de seguridad, acceso al mercado y al capitalismo.

Todo ello es cierto y podemos admitir las hipótesis de Mielants y resaltamos el poder de las ciudades

estado, interrelacionadas y relacionadas al estilo europeo como un factor diferencial; pero ¿porqué surge este tipo de ciudad en la Europa occidental? Esta cuestión queda sin respuesta. Podemos señalar la superfragmentación del poder político en la Europa occidental en la que, además, aparece un fenómeno tan peculiar como el de la Iglesia católica, como organización política religiosa regional, junto a condicionantes geográficos, que otro autor (Casandey) piensa que es causa principal del secreto de Occidente, a la vez que la ausencia de invasiones extrañas, sobre todo a partir del Siglo XII. Éstas, en efecto, destruyeron a los mundos chino, indio, islámico y ruso, rompiendo en el caso de ésta su incipiente sistema de ciudades Estado.

Si, todo ello es cierto, y debe tenerse en cuenta, pero ¿porqué Occidente se dota de una organización ciudadana con poder político que es el gran hecho diferencial? Esto es lo que no llega a explicar Mielants, aunque apunte una posible línea de investigación, cuando en la página 155 del texto anota que otra «excepcional variable en la emergencia de un sistema capitalista mercantil a finales de la Edad Media es la noción política y jurídica del ciudadano, como resultado de la identidad comunitaria».

«Es esa identificación comunitaria lo que es peculiar y distintivo de Europa frente a China, Sur de Asia

o Norte de África. Tal identificación se daría incluso para los obreros de las ciudades —del individuo con su poderosa ciudad y permitiría usar su fuerza política y económica en defensa de los intereses de las ciudades (Hansa, Venecia, Génova son un buen ejemplo de lo que decimos). Cuando esas ciudades se integraron en unidades políticas superiores (los Estados naciones), éstas emplearon las técnicas políticas ya iniciadas y puestas a punto en el ámbito urbano, pero surge ahí la cuestión de las razones para la aparición del concepto de ciudadano en Occidente.

A esta cuestión Mielants no contesta. Nosotros anticipamos al respecto la idea de una respuesta en un doble factor: por una parte la aparición del concepto de personas como portador de derecho, algo implícito en la doctrina cristiana; por otra, la aparición de una fuerte conciencia jurídica, producto de la síntesis del Derecho romano y de las teorías pactistas o contractuales jurídicas de un pacto entre Dios y su pueblo elegido que se someten a la Ley. ¿Radicaría aquí el milagro de Occidente?

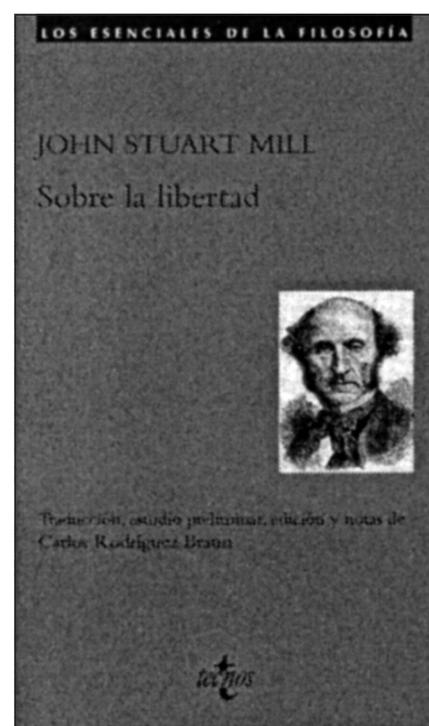
Sólo nos queda recomendar muy vivamente la lectura de este libro que, pese a todo, explica e informa con rigor.

Antonio M. Ávila Álvarez
TPGA Universidad Autónoma

Miguel A. Díaz Mier
Profesor Titular Universidad de Alcalá

JOHN STUART MILL. SOBRE LA LIBERTAD

Carlos Rodríguez Braun
Editorial Tecnos, 2008,
267 páginas.



El libro de John Stuart Mill que motiva el presente comentario no necesita de ningún valor añadido para recomendar efusivamente su lectura. Se trata del mejor alegato y del escrito más claramente razonado en defensa de la libertad personal, individual. Desde su publicación hace ahora ciento cincuenta años, no ha dejado de ser estudiado, matizado y discutido en algunas de sus afirmaciones puntuales, pero quizás no sea del todo exagerado el afirmar que aún no ha sido superado. Friedrich von Wieser, Ludwig von Mises, Friedrich von Hayek y

tantos otros publicistas que se han ocupado de la libertad individual del hombre social no habrían podido avanzar en sus conclusiones si no hubiera existido el precedente de Stuart Mill. Libertad individual que podría quedar plasmada en la siguiente afirmación: «La única razón que nos permite coartar la libertad de una persona es la que nos indique que su comportamiento pueda ser perjudicial para otro o pueda mermarle su propia libertad». Definición que ya apunta dos obstáculos a esa libertad a los que me referiré más adelante: la necesidad de un poder superior (el Estado) que defina legalmente los límites de la libertad individual, y que marque, igualmente, los principios de solidaridad (si es que así es deseado por el consenso social) que podrían no conseguirse defendiendo, únicamente, la libertad individual.

La edición que acaba de aparecer de *Sobre la libertad* tiene, además, otros complementos que es preciso resaltar. Se trata de una nueva traducción de la obra de Mill realizada por el Profesor Rodríguez Braun en un castellano moderno, preciso y de fácil comprensión tanto para los iniciados en el estudio del pensamiento de los economistas clásicos como para quienes no tengan conocimientos previos de economía, sociología o filosofía. Traducción acompañada de 120 notas aclaratorias a pie de página y de un acertado estudio preliminar por cuya descripción comenzaremos esta nota crítica para, a

continuación, hacer una breve referencia a cada uno de los cinco capítulos del libro de Mill.

Las primeras palabras del Profesor Rodríguez Braun están dedicadas a manifestar las ventajas sociales que podrían derivarse para la sociedad de una atribución reducida de funciones al Estado y de una mayor libertad para el individuo, aunque esto último pudiera traducirse en la libertad para el consumo de drogas o en cualquier otra actividad perjudicial para quien la practicase, siempre con la salvedad que eso no suponga daño alguno para cualquier otra persona. Y aunque, como hemos de ver más adelante, Mill se sintió seducido en algunos momentos de su vida por ciertas ideas socialistas, su pensamiento es completamente opuesto al estatalismo defendido por Marx, ya que aboga sin ningún resquicio intelectual a favor del derecho a la propiedad privada de cualquier tipo de bienes así como de los medios de producción capitalista. Curiosamente, además, la publicación de *Sobre la libertad*, en 1859, coincidió con la de *Contribución a la crítica de la economía política* de Marx y con *El origen de las especies* de Darwin.

Marx y Mill ya habían coincidido antes: en 1848 Marx y Engels daban a la luz *El manifiesto comunista* y Mill publicaba sus *Principios de economía política*. Obra ésta que sería más tarde criticada en uno de sus principios por otros autores liberales (Hayek, en especial) que no

soportaron la siguiente afirmación: ciertas leyes de producción son inmutables, como las leyes físicas, pero las leyes de distribución son más subjetivas al depender de las personas y de las instituciones. Y aunque la crítica de Hayek parece también es igualmente aceptable que cierto grado de intervención del Estado en la distribución de la riqueza ha permitido la existencia de determinados servicios sociales (sanidad y educación, principalmente) de los que pueden beneficiarse todos los ciudadanos con independencia de su poder adquisitivo e, incluso, al margen de la aplicación de una justicia estricta que sólo considere el principio del merecimiento. Pero las leyes económicas no son tan sagradas como para que no existan otros principios sociales superiores a ellas. Opinión, ésta, que es de cosecha propia y con la que probablemente no estarán de acuerdo ni Hayek ni Rodríguez Braun.

El estudio preliminar de esta edición de *Sobre la libertad* nos recuerda, a continuación, la vida de Mill, que conocemos por la publicación de la *Autobiografía* editada por su hijastra en 1876, unos meses después de la muerte de nuestro autor, que vivió 67 años. *Autobiografía* en la que podemos conocer que el joven John Stuart nunca asistió a ninguna institución de enseñanza regular habiendo sido educado por su padre, el también filósofo y economista James Mill. «El joven John sabía griego a los tres años de edad,

matemáticas a los seis, latín a los ocho, más tarde geometría y álgebra y a los trece estudiaba lógica y economía política». Pronto comenzó a estudiar a los economistas de mayor prestigio en su época (Adam Smith, David Ricardo y Jeremías Bentham, entre otros) sin dejar de frecuentar los escritos griegos y romanos (algunos de los cuales tradujo al inglés), siempre dirigido y examinado por su padre, que le exigía diariamente un resumen razonado de sus lecturas.

A los 28 años de edad conoció a la persona que más influiría en su vida: la señora Harriet Taylor, con quien se casaría en 1851 (cuando John Stuart era ya un cuarentón bien cumplido), dos años después de la muerte del señor Taylor. Lo que quiere decir que el matrimonio John-Harriet fue largamente esperado aunque no tan largamente disfrutado, pues ella murió siete años más tarde. Mill había publicado antes de casarse sus *Principios de economía política* que, como era costumbre inexorable, habían sido revisados y aprobados previamente por su muy querida amiga, cuya opinión fue siempre decisiva en la vida y en los escritos de este economista clásico. Aunque donde él reconoce más claramente su influencia y casi su coautoría es en *Sobre la libertad*. El Profesor Rodríguez Braun nos lo especifica bien en una de sus notas aclaratorias, por lo que no voy a detenerme más en este aspecto.

Sobre algunas cuestiones expuestas en *Sobre la libertad* no existe un consenso social absoluto, a lo que se podría responder desde el punto de vista liberal que eso, ni falta que hace. Ciertamente, cada uno ha de tener toda la libertad de pensamiento y acción hasta la frontera que marcan los intereses de los demás. Pero, ¿puede concedérsele también a cada persona la total libertad de inhibición? Sin la libertad de acción, ciertamente, no habría progreso intelectual y social, cuestiones que podrían ser consideradas como secundarias ante el principio supremo de que cada uno es dueño absoluto de sí mismo (haya progreso o no) y nadie tiene derecho a inmiscuirse en su propia vida. Ni el Estado, ni la poderosa opinión pública que dicta tiránicamente, con mayor fuerza aún y sin que casi nunca seamos conscientes de ello, las reglas de nuestro comportamiento individual y social.

La libertad del individuo (Bentham *dixit*) se guía por la utilidad propia que él crea que consigue con cada una de sus acciones. Y no hay más que hablar sobre el asunto ya que nadie puede, ni debe, impedirse. Justo lo contrario de lo que ocurre en regímenes políticos sin libertades. Recuerdo ahora cuando, para justificar la prohibición de partidos políticos, se decía durante el franquismo (hay que suponer que jocosamente) que no había que confundir libertad con libertinaje. La ocurrencia, reconozcámoslo, fue

tan ingeniosa como humorística, burlesca, extravagante y alejada de cualquier razonamiento lógico. Mill no pierde el tiempo en esas necedades.

Pero, ¿qué pasa cuando, en uso de la libertad individual, alguien decide abstenerse de actuar en defensa de los demás? ¿Qué pasa cuando, por nuestra libre inhibición, no tratamos de evitar el sufrimiento, el hambre o la muerte de millones de personas que viven en la pobreza? ¿Somos libres para no hacer, como lo somos para hacer? De todo esto se habla con rigor tanto en el *estudio preliminar* como en el libro *Sobre la libertad*. Y de otras tantas situaciones en las que, intentando un matrimonio contra natura, se han realizado alianzas políticas e ideológicas entre el socialismo y el liberalismo queriendo enmaridar de esa forma al agua con el fuego. El caso es que *Sobre la libertad* se publicó hace exactamente ciento cincuenta años y su lectura sigue siendo de evidente actualidad.

El primer capítulo del libro de Mill está dedicado a la exposición de los principios liberales que ya han sido mencionados anteriormente, aunque quisiera reincidir aquí en un aspecto concreto que no siempre es tenido en cuenta: «la humanidad se beneficia más si consiente que cada cual viva como mejor le parece que si se le obliga a vivir a gusto de los demás; aunque la mayoría pueda estimar que el comportamiento li-

brememente elegido por el individuo es insensato, perverso o erróneo». Se trata, pues, de cierta discrepancia con la democracia, si esta se rige únicamente por la fuerza de las mayorías; y se avisa también del respeto de los demás (costumbres sociales, especialmente) por la libertad individual.

En el segundo capítulo se habla de dos cuestiones cuya mención pudiera parecernos innecesaria: la libertad de pensamiento y de expresión. Aunque no todo es tan claro como parece. *Que cada cual exprese sus ideas libremente porque, al final, la verdad se impondrá sobre la falsedad.* ¿Cuántos ejemplos históricos podríamos enfrentar a esa afirmación que nos demostrarían que la verdad ha sido perseguida e incluso borrada para siempre; o, al menos, retardada durante siglos? Recordemos, para empezar, lo refe-

rente a las ideas religiosas. Además, ¿todas las ideas y creencias han de ser igualmente respetadas? Pensemos de nuevo en la religión. La nuestra que, por supuesto, es la verdadera ¿es comparable a las demás que, también por supuesto, son falsas? ¿La misma libertad de expresión, de difusión, para la una que para las otras? De nuevo estamos en nuestros días. Pensemos, por poner sólo un ejemplo, en la actual confrontación entre creacionistas y evolucionistas y analicemos sus comportamientos en el ámbito de la libertad.

El tercer capítulo no es muy favorable al pensamiento conservador. La costumbre, lo que se sabe, lo que se piensa, lo que se cree, no son cuestiones inmutables. Ser conservador a ultranza, ser prisionero de la opinión general, significa no creer en la evolución de las

ideas. La Iglesia lo sabe bien desde mucho antes de oponerse a Galileo.

Los dos últimos capítulos de *Sobre la libertad* están dedicados a los límites nocivos para la libertad representados por la excesiva intervención del Estado y al tratamiento del libre comercio internacional en sus infinitas manifestaciones: comercio justo (sin previas subvenciones a la producción), mercancías fraudulentas, exigencias sanitarias, etcétera, etcétera.

Una recomendación para concluir: de entre las opiniones de pensadores contemporáneos a Mill incluidas en el libro léanse, especialmente, las del teólogo R.T. Hutton y las de Carolina Fox. Si duda, nos harán pensar en un sentido o en el otro.

Jesús de la Iglesia

*Profesor de Historia Económica
Universidad Complutense de Madrid*